



JUAN CARLOS ARGUELLES

Los remolcadores tuvieron que hacer una complicada maniobra para poder arribar el buque a puerto. La falta de calado y el tamaño del destructor hicieron de la llegada un espectáculo.

Oscar Rubín, uno de los propietarios del desguace que adquirió el destructor, contempla con preocupación sus maniobras. Era el momento en el que el buque estaba encallado a la entrada del puerto.

El «Jorge Juan», que luchó en la II Guerra Mundial, logró entrar para desguace en el puerto, tras permanecer diez minutos encallado a su entrada

El complicado viaje de un destructor hacia San Esteban

San Esteban,
Ángel FIDALGO

El destructor de la Armada Española «Jorge Juan» iniciaba ayer, poco después del mediodía, la que sería su última singladura, entre Avilés y el puerto de San Esteban, donde el soplete lo reducirá en tres meses de trabajo a chatarra.

De esta manera, termina la historia del destructor, construido en Estados Unidos poco antes de la II Guerra Mundial, en la que participó activamente, en distintos combates en el archipiélago de Filipinas. Después vendría la guerra de Corea, y finalmente la escuadrilla de destructores del Mediterráneo, desde donde fue cedido a la Armada Española.

La última singladura

A las 12,30 horas de ayer, el remolcador «Nieva», patronado por Manuel Campo, y con el práctico de Avilés Leandro Meda a bordo, empezó a tirar del buque de guerra por la proa. A popa estaba otro remolcador, el «Arañón», que a la entrada de San Esteban jugaría tres horas después un papel fundamental.

Una vez dejada por la popa la ría de Avilés, la amarra que unía al remolcador con el barco de guerra, empezó a dar fuertes tirones, aunque navegábamos a poca velocidad, unos tres nudos. Para evitar que se pudiera romper, se largó la amarra hasta que el «Jorge Juan» quedó a unos cuarenta metros del remolcador.

A bordo del buque que hacía su último viaje navegaban seis marineros, tres a proa y otros tres a popa, atentos a cualquier fallo en las amarras que lo unían a los remolcadores. De esta manera, si alguna rompiera en uno de los tirones, rápidamente podría ser sustituida por otra que

ya estaba preparada, colgando del casco.

En el puente del remolcador se respiraba, con aquel dinosaurio a las espaldas, buen humor y charla animada. Como siempre, los marineros hablaron de sus antiguos viajes a Terranova, India o Sudamérica. Anécdotas, recuerdos que a pesar de los años no se olvidan, inundaron el puente del «Nieva», hasta que se estuvo a la altura de la isla de La Deva. Fue entonces cuando los rostros de los marineros adquirieron un aire profesional, y la mirada siempre atenta se repartía por igual en la entrada del puerto y en la proa del destructor, que se movía de una banda a otra y que era necesario y difícil controlar.

Empezaba el pulso entre el viejo destructor y el pequeño pero potente remolcador. Por primera vez, a bordo de este último, se barajaba la posibilidad de que el «Jorge Juan» tocara fondo en el canal de acceso a San Esteban, con lo cual habría que dejarlo, cerrando el puerto, hasta la próxima marea, en espera de otra intentona.

El pequeño bote

La mar había empeorado cuando por la proa ya aparecía cercana la entrada del puerto. Tan sólo veinte metros era el estrecho margen por el que tenían que pasar los barcos, ya que fuera de este canal el calado disminuía notablemente.

Por esta razón, José María, el amarrador de San Esteban, a bordo de un pequeño bote navegaba delante, haciendo señas continuamente, indicando al remolcador el lugar por donde tenía que moverse.

Primero, acercándose a la escollera; después virando a babor, a la izquierda, siguiendo



Numerosas personas acudieron al puerto para presenciar la llegada. Otras no daban crédito a lo que veían. Después de tantos años parecía imposible que un barco, además de guerra, llegara a San Esteban de Pravia.

siempre el curso del canal. Un avión que salía del aeropuerto de Ranón pasó por encima del destructor. «Ya nos podía dar un empujón para entrar», comentó entre sonrisas el patrón del remolcador.

Poco después, empezaba un difícil pulso entre los dos barcos. La amarra que unía el «Jorge Juan» al remolcador se había acortado mucho, hasta el punto de que la afilada proa del destructor sólo estaba a unos veinte metros del «Nieva».

Se empezaron a suceder las maniobras. De esta manera se pretendía controlar al barco de guerra, que en más de una oca-

sión se puso casi paralelo al remolcador. El timón, las máquinas y los hombres se movían impulsados por un mismo resorte. Estaban haciendo una labor de gran precisión.

Por la popa, un pesquero de Cudillero comunicaba por radio. Quería saber si el barco entraría pronto, ya que la marea empezaría a bajar de un momento a otro y ya no tendría calado.

Tocó fondo

El «Jorge Juan» había dejado por la popa la entrada de la ría, lentamente se adentraba en la desembocadura del Nalón.

De pronto algo empezó a

fallar. El remolcador, a toda máquina, tenía problemas para tirar del barco. Su popa se arrastraba por el fondo.

Después paró, justo en medio del canal; casi todo el casco tocaba fondo. Los 1.250 caballos de potencia del «Nieva», ya no lograban arrastrar a su remolcador. Por la popa, el «Arañón» empezaba a empujar. Fueron diez minutos muy largos, pero al final, después de arrastrarlo por el fondo, reflató. Todos respiraron. De esta manera, el optimismo de la partida volvió a los rostros de los marineros, habían logrado conducir al «Jorge Juan» hasta su último puerto.

La sorpresa de los espectadores y los ánimos del dueño desde la orilla

San Esteban,
Francisco L. JIMENEZ

La llegada a San Esteban del «Jorge Juan» despertó la lógica curiosidad entre los vecinos del pueblo que en número de una veintena se acercaron al espigón y la zona de la barra para observar «in situ» las peripecias del buque en su entrada a puerto. Entre ellos estuvo Oscar Rubín copropietario del barco junto con Arcadio Artime, animando, al menos moralmente, al «Jorge Juan», en su avance por la ría del Nalón.

Como si el barco estuviese vivo y le oyese repetía este empresario avilesino frases de ánimo al avance de los remolcadores: «¡Hala bonito, otro par de metros!». «No te tuerzas, ¡venga p' adelante!». Librada la punta de la barra empezó a acompañar al destructor a lo largo del paseo y temiendo lo peor al llegar al 114, punto del puerto donde se registra el menor calado. El barco llegaba con 14 pies de calado. La marea anunciada en la tabla era de 13,8 y un lugareño repetía que había observado la escala y marcaba 15 pies. Una guerra de centímetros que podía causar un serio disgusto al propietario del buque, puesto que los percances sufridos hace dos años cuando un barco embarrancó en la playa de La Arena estaban aún frescos en la mente. En el 114 el avance del «Jorge Juan» se detuvo. Al final hubo suerte y el barco pudo atracar. Ayer fue sin duda un gran día para la zona.

Miércoles, 13 de diciembre 20,00 horas
Cincuenta aniversario de la declaración de la II Guerra mundial

PROYECCION CINEMATOGRAFICA

L'ARMEE DES OMBRES

De JEAN-PIERRE MELVILLE

Intérpretes: LINO VENTURA, SIMONE SIGNORET

Colaboración con LA ALIANZA FRANCESA

CLUB
PRENSA
ASTURIANA

CALVO SOTELO. 7. OVIEDO

Director del Club: Lisardo Lombardía

230550

ENTRADA LIBRE

Jueves, 14 de diciembre
20,00 horas
Cincuenta aniversario de la declaración de la II Guerra mundial

PROYECCION CINEMATOGRAFICA

MONSIEUR KLEIN

De Joseph Losey
Intérpretes: Alain Delon, Jeanne Moreau
Colaboración con LA ALIANZA FRANCESA

Viernes, 15 de diciembre
20,00 horas

CHARLA-COLOQUIO

LA CONSERVACION DEL SALMON ASTURIANO

Con la participación de: Juan Alvarez Riera, ex directivo de la Asociación Asturiana de Pesca; Eva García Vázquez, bióloga y miembro del Consejo Regional de Pesca Fluvial

Presentación de la ASOCIACION PARA LA CONSERVACION ATLANTICA